

Kayu: El día empieza a avanzar sobre la noche

“*Wiñoy Xipantu es el momento en que se produce la noche más larga del año y el sol comienza a volver a este punto de la tierra, lo cual señala el término de un ciclo de tiempo con sus respectivas etapas y el reinicio de uno nuevo. Es el Año Nuevo Natural en nuestra tierra, hecho que sucede en este punto específico del planeta, lo distingue del resto y alcanza e incluye al conjunto de los elementos físico-biológicos que aquí existen. Las personas somos parte de ello y los Mapuche lo expresamos culturalmente a través de grandes preparativos de ceremonias sagradas familiares y comunitarias (gijañmawn, wixaxipan, katankawiñ), reuniones festivas y otras importantes actividades que nuestra cosmovisión relaciona estrechamente a la vitalidad que reinicia todo el Waj Mapu.*

Así, por estos días, escuchamos decir a nuestros mayores y con ellos repetimos kiñe xekan alka wiñotuy antv (a paso de gallo vuelve otra vez el sol)”¹.

La columna de humo se alzaba entre los cipreses y delataba la presencia del *lelfün*. Caminábamos. Todavía la claridad no se había extinguido sobre la ladera oeste del cerro Otto, a una decena de kilómetros del centro de Bariloche (Río Negro). Entonces, abandonamos la banquina y nos introdujimos en el territorio de la comunidad *Tripay Antü*, todavía en litigio con el Ejército Argentino. El nuevo milenio de los occidentales marcaría un hito en la historia del *lofche* apenas reorganizado: para respaldar la pelea que mantenía con el brazo armado del Estado, los *mapuche* de la ciudad y sus alrededores recibirían el *Wiñoy Tripantü* allí mismo, donde los militares realizaban sus maniobras periódicamente.

La noche del 23 de junio se estaba cerrando. A escasos metros, los turistas que retornaban del cerro Catedral –un gran complejo de esquí– hacían silbar sus autos, ajenos al movimiento de los *mapuche*. Alrededor del *lelfün* y oculta por el bosque, la ramada se comenzaba a poblar. Las rondas de mate se multiplicaban para dejar inaugurada la vigilia que se avecinaba. Ramas verdes hacían chispear las primeras fogatas, despedían aromas vegetales. La familia *Rankewe* habita el lugar desde fines del siglo XIX pero sin embargo, todavía en 2000 no eran dueñas de sus tierras, sus árboles, sus arroyos, sus pedreros, sus potreros... Esa riqueza estaba a nombre del Estado, que la había otorgado a sus soldados para que jugaran a la guerra. La historia se repite unos 300 kilómetros al sur, donde la comunidad *Prane* sufre una situación similar desde hace décadas. Sólo cambia la denominación de la unidad militar usurpadora.

Pero, ¿para qué se estaba juntando esa gente? ¿En la Argentina y Chile hay personas que no celebran el año nuevo el 31 de diciembre? La respuesta es afirmativa y no se limita a judíos y musulmanes. A fines del siglo XX los *mapuche* comenzaron a recuperar la práctica del *Wiñoy Tripantü* o año nuevo mapuche, a ambos lados de la cordillera. Para reconstruir la práctica, se limitaron a observar a sus mayores y formular las preguntas pertinentes. Veían los *weche* más inquietos que todos los 24 de junio, antes de que saliera el Sol, los más ancianos se dirigían hacia el curso de agua más cercano: un arroyo, un río, una laguna o un estero. Veían también que a pesar del frío reinante, los *futrakeche* se lavaban sus manos, sus rostros, su cabeza, sus piernas... Los más audaces –los más convencidos– podían sumergirse íntegros en la líquida gelidez. Luego, renovado el cuerpo por el accionar del *nwen* del *ko*, los mayores hacían su *ngellipün* para recibir al Sol que comenzaba a asomar. ¿Qué significaba ese ritual que ni la Iglesia ni las sectas habían podido erradicar después de más de un siglo?

Gracias a la relación que supieron establecer con todos los *nwen* que los rodeaban, los antiguos *mapuche* fueron capaces de observar con paciencia y detenimiento el comportamiento de la naturaleza. La experiencia les enseñó, como a muchos otros pueblos, que el tiempo se desarrolla a través de ciclos, no de manera lineal, como se impuso en el *Wallmapu* más tarde. Cada una de esas evoluciones temporales presenta determinadas características y durante su extensión, suceden cosas propias de cada época. Un primer momento abunda en lluvias o nevadas, según el territorio que toque habitar. Es en esa época cuando casi imperceptiblemente, la

¹ *Wiñoy Xipantu*, Año Nuevo en el Territorio Ancestral Mapuche. Equipo de Educación Mapuche *Mapuncezugulekayayñ*. Neuquén, Argentina, *Puel Mapu* (1998)

vida vegetal comienza a germinar, los brotes se asoman tímidos y frágiles. También los animales experimentan cambios e inclusive los seres humanos que viven en comunión con la *itrofil mogen* – la naturaleza, la vida en su conjunto- sufren alteraciones. Pero sobre todo, el día empieza a avanzar sobre la noche. Durante estos meses, resulta inclemente la vida al aire libre así que es tiempo de prolongadas charlas en torno al fuego de las *ruka*: afloran los *epew* que recuerdan los *futrakeche*, los *pichikeche* escuchan absortos mientras se consumen los vicios que cada familia acumuló para sobrellevar el rigor del *pukem*, período al que los *winka* llaman invierno. Su instante inaugural está dado por la noche más larga, la que media entre el 23 y el 24 de junio, según el calendario de los occidentales. Si bien esa es la fecha que fue instituida, algunos grupos *mapuche* sostienen que las ceremonias deben llevarse a cabo en coincidencia exacta con el solsticio de invierno. Ese fenómeno no se produce todos los años el mismo día, por eso prestan atención a las observaciones astronómicas. Antiguamente, los *lofche* podían permanecer semanas en torno al *lelfün*, hasta que llegara el momento. Es que la llegada del año que vuelve o *wiñoy tripantü*, también está marcada por la reaparición en el firmamento de una constelación que desde el *Wallmapu* deja de verse por algunas noches. Se trata de las *Pürapagaw*, a las que en castellano llaman Siete Cabritos o Pléyades. Cuando su pálido brillo se instala una vez más en el firmamento, los mayores *mapuche* afirman con gozo ¡*wiñoy tripantü!* (ha vuelto el ciclo). Según la identidad regional o parcialidad de que se trate, también podrán exclamar *we tripantü* (lo nuevo del año), *wüzal tripantü* (momento en que el tiempo que culmina se transforma en el que comienza) *wiñol tripantü* (que hace volver al ciclo) o sencillamente, *pürapagaw* ².

Después del *Wiñoy Tripantü*, los días comienzan a alargarse y el Sol, vuelve a acercarse al lugar que el territorio ancestral mapuche ocupa en el planeta. Despacito: *kiñe xekan alka wiñotuy antü*. Más tarde, el aire se entibia. El crecimiento de los brotes se acelera, árboles y plantas florecen. Los animales renuevan el pelaje que tanto les abrigó durante el *pukem* y en los campos es hora de sembrar. También es tiempo de parición entre los *kuyiñ*. Cuando el mapuche era un pueblo libre, los mayores salían con sus ganados de los potreros de invernada para conducirlos a las veranadas. Hoy esa costumbre ancestral se ve dificultada por la presencia de los alambrados y el cercenamiento territorial, pero los *lofche* que pueden hacerlo, la recrean. Esta segunda etapa del ciclo es el *pewu*, estación que los *winka* llaman primavera.

La tercera es el *walug*, el verano. Los frutos de la naturaleza maduran y donde se siembra, llegó el turno de la cosecha. En las comunidades donde las ovejas se han convertido en un recurso de supervivencia económica es momento de proceder a la esquila. Desde el punto de vista espiritual, durante el *walug* se celebran los *kamarikün* o *ngillatun*, en las fechas que define cada *lofche*. Rara vez las lluvias se hacen presentes y los días, comienzan a acortarse y dejan terreno a la noche. Comienza el ciclo descendente.

Ese fenómeno es claramente percibido durante el *chomungen* o *trafkem*, el otoño de los *winka*. Los árboles que no tienen follaje perenne cambian de tonalidad y luego dejan caer sus hojas a la espera del renacimiento. Llegan las primeras lluvias, los colores grises se familiarizan una vez más con la *wenu mapu* o tierra de arriba –cielo, dice el cristiano-. Toda la naturaleza indica que un ciclo está llegando a su fin. Sabedores, los *mapuche* de antaño retornaban a sus invernadas. Los grandes fríos se instalan en el paisaje y para prever, la gente de la tierra se abastece de yerba, azúcar, harina, piñones, leña y otros menesteres para afrontar la dureza que se aproxima. El *chomungen* finaliza cuando las *Perapagaw* reaparecen en la noche más larga del año y entonces, vuelta a empezar: *Wiñoy Tripantü* ³ dicen los mapuche. Durante esa jornada “se habla por todos reafirmandose así la vida comunitaria, social, política, cultural y espiritual. En ese día se instruye a los niños sobre su origen como personas, el de sus familias, su comunidad y su pueblo. A los más pequeños se les pondrá nombre, el que expresará su particularidad individual dentro del conjunto” ⁴.

Jugarretas y recuperaciones

² *Mapuncezugulekayayñ*, Seguiremos hablando el idioma de la tierra. *Puel Mapu* (21-24 de junio de 2000).

³ *Wiñoy Tripantü* (vuelve el año). Día de la Nación Mapuche. Organización Mapuche Tehuelche “11 de Octubre”.

⁴ Micro radial con motivo de la celebración del Año Nuevo Mapuche, *Wiñoy Xipantu*. Departamento de Extensión y Difusión de la Cultura Mapuche, Organización Mapuche *Newentuayñ*.

Cuando entramos a la ramada, ya era de noche. Un grupo de *pichikeche* jugaba y a la vez cuidaba con celo desproporcionado que nadie luciera prenda alguna de color rojo. Paulatinamente fueron arribando contingentes de distinta procedencia: *Futra Anekon*, Río Chico, gente de Neuquén, los *weche* y no tanto del Centro Mapuche Bariloche, personas no mapuche especialmente invitadas... Los preparativos se aceleraban aunque no eran pocas las horas que teníamos por delante. Los *wentru*⁵ multiplicaban las fogatas, que serían muy necesarias para entibiar los cuerpos. Las *zomo*⁶ apuraban la comida comunitaria, un democrático puchero que brindaría las energías necesarias para mantener la vigilia. Antes de acometerlo, se celebró el primero de los *trawün*. Tomaron la palabra los más ancianos, se cruzaron preguntas y afloraron reflexiones. No podía faltar la mención a San Juan porque claro, más de un siglo de dominación ha hecho mella. No se puede negar.

Son muchos los *mapuche* que al referirse al *Wiñoy Tripantü*, vinculan la festividad al santoral católico. La triquiñuela no es nueva, la Iglesia comenzó a desarrollarla en la propia Europa, cuando para captar la voluntad espiritual de los paganos se valió de la superposición de conmemoraciones para minar gradualmente las antiguas tradiciones y finalmente, reemplazarlas por sus nuevos ritos. O al menos para confundirlas y mantener solamente las formas. Son muchísimos los casos: el célebre Camino de Santiago, por ejemplo, ya era transitado con devoción antes de la llegada del cristianismo al norte de la península ibérica. Los pueblos celtas lo recorrían al seguir las evoluciones de la constelación del Can –el Perro-, cuyo trazado en la bóveda celeste los conducía a un sitio de particular significado energético y espiritual, que en realidad está situado más al oeste que Santiago de Compostela. Pero allí se instaló estratégicamente la catedral consagrada al apóstol y entre los miles de peregrinos que hoy hacia allí se dirigen, deben ser los menos quienes conozcan el origen pagano de las esforzadas caminatas.

Otro ejemplo: antes del cristianismo, los mismos celtas recibían el comienzo del nuevo ciclo de la naturaleza hacia fines del mes que en Occidente se conoce como octubre o a principios de noviembre. Durante la ceremonia pertinente, los druidas guiaban los rituales que según algunas fuentes, se dedicaban especialmente a Samhain, una suerte de interlocutor entre los vivos y los antepasados. Por entonces, las tribus célticas se desparramaban por casi toda Europa pero se atribuye esta manera de recibir el año a los grupos que se asentaban en las tierras que hoy ocupan Gran Bretaña y Francia. Las festividades se extendían por varios días con sus noches, en derredor de inmensas fogatas que saludaban la llegada del renacido período. En aquellos tiempos, la muerte no estaba asociada al espíritu tenebroso o necesariamente trágico que se adoptó más tarde. El sitio donde descansaban los ancestros se relacionaba con la completa felicidad y el reposo. Por eso, a través de los druidas, los antiguos celtas procuraban contactarse con quienes los habían precedido para obtener buena guía y consejo acertado, tanto en torno a asuntos personales como a comunitarios. Pero, hacia el año 46 antes de Cristo, las Islas Británicas fueron invadidas por las legiones romanas, que además de traer consigo sus armas, fortalezas, caminos y circos, portaban su propia manera de entender la dimensión sagrada. En la misma época en que los invadidos conmemoraban a Samhain, los invasores agasajaban a una deidad vinculada con los ciclos agrícolas, en particular la vendimia o la cosecha de ciertos frutales. El sincretismo comenzó a operar. Más tarde, cuando las enseñanzas del Evangelio se propagaron entre los descendientes de los celtas, se toparon con celebraciones que ya traían elementos de dos culturas distintas. Siglos después, la Iglesia de Siria consagró una jornada para saludar a “Todos los mártires” y luego, aproximadamente en el 600 después de Cristo, Bonifacio IV transformó un templo romano originalmente consagrado a todos los dioses -un panteón- en una iglesia que dedicó a “Todos los santos”. Inicialmente, esa festividad cristiana recayó en el 13 de mayo pero más tarde, otro Papa la corrió al primero de noviembre. Su sucesor ordenó que se conmemorara en todo el orbe. Como se trataba de un acontecimiento de importancia para la Iglesia, debía estar precedida por la correspondiente vigilia, destinada a su preparación. Entonces, en el idioma inglés el 31 de octubre comenzó a coincidir con la “All hallow’s even” (vigilia de todos los santos). Los siglos se sucedieron y la expresión original mutó a “All hallow’s eve”, más tarde a “All hallow even” y luego, a la actual y muy difundida “Halloween”. La conclusión es clara: la Iglesia hizo coincidir “Halloween” con las tradicionales celebraciones céltica y romana para brindarle un atajo a la evangelización.

⁵ *Wentru*: hombres.

⁶ *Zomo*: mujeres.

Quizá sea excesivo explicar aquí como el cristianismo también se montó en la ancestral costumbre de saludar el solsticio de verano del hemisferio norte, con inmensas fogatas y otros rituales, para después de las mutaciones de rigor consagrar la jornada del 24 de junio a su San Juan. Luego, con sus sacerdotes y soldados totalmente divorciados del *itrofil mogen* –de aquí y de allá– la institución eclesiástica trasladó mecánicamente a los territorios que usurparon sus vasallos el calendario que regía en sus dominios de origen. Así, quiso que en el sur el ciclo natural comenzara al mismo tiempo que en el norte y profundizó su desarraigo, incurrió en incomprensiones y terminó por pisotear la espiritualidad de los pueblos que había venido a “salvar”. Con sus tácticas misioneras y el concurso de las instituciones educativas estatales una vez perpetrado el despojo, la Iglesia logró interrumpir la transmisión de las antiguas experiencias *mapuche*. Sus respuestas culturales milenarias quedaron confinadas a la memoria y la práctica de unos pocos obstinados, mientras la implantación de un orden filosófico distinto al que regía en el *Wallmapu*, dio como resultado profundas confusiones, que lejos de enriquecer o “aliviar el alma de los pecadores”, destrozó una rica cosmovisión.

Pero hoy, ya son muchas las voces que se alzan durante los *trawün* para refrescarle los pensamientos a los *mapuche* confundidos, con respeto, comprensión y claridad. Aquella noche en *Tripay Antü* no fueron pocas las mezcolanzas y los desencuentros, pero finalmente se hizo historia: era la primera vez en más de un siglo que se levantaba allí un *rewé*, era la primera vez en mucho tiempo que todas las organizaciones *mapuche* de la ciudad dejaban de lado sus diferencias políticas para contribuir a la recuperación y desarrollo de la identidad común. Por primera vez también, muchas personas que se habían reconocido recientemente como *mapuche* tomaban contacto con la espiritualidad que sus mayores no habían podido transmitirle como consecuencia de la negación y las intenciones etnocidas. Por primera vez en ese lugar, la *trufken mapu* recibió el *muday* de los que pertenecen a la tierra y los *newen* del bosque se dejaron envolver por los toques de *kultrün*, los quejidos de las *trutruka*, los silbidos de las *pfilka* y el estentóreo grito de *Leftraru*, que se multiplicó hasta enronquecer las gargantas. “El regreso de la luz trae también consigo la renovación del pensamiento, la sabiduría y el conocimiento que sobre nosotros, como parte de la naturaleza y sobre los demás elementos, podemos extraer. El saber que esto es siempre así, que ocurre de la misma forma, llevó a nuestros mayores a representarlo simbólicamente en nuestro instrumento sagrado: el *kultrün*. En el *kultrün* está representado el sentido circular que tiene el movimiento universal de las cosas”⁷.

A pocos kilómetros de allí, debajo de la constelación del *Choike*, poderosas máquinas acondicionaban las pistas de esquí para la jornada siguiente. La ciudad cobijaba su sueño turístico en la comodidad de sus hoteles y bungalows. El contraste no podía ser más contundente. Los modelos, más distantes. Pero al menos entre la mayoría de los *mapuche* nadie aspira a excluir, a ampliar la brecha que existe entre las dos culturas. “Cuando en el hemisferio norte del planeta es verano, en el hemisferio sur es invierno, por tanto las actividades que desarrollan las personas y sus necesidades son distintas porque la Naturaleza se está manifestando de forma absolutamente distinta (aunque equilibrada y complementariamente) entre ambos puntos. Por el conocimiento y práctica del *Wiñoy Tripantü* vemos que mientras en el polo opuesto de la Tierra es Año Nuevo (en diciembre), aquí donde vivimos, estamos a mitad del ciclo del tiempo, donde todo ha madurado y comienza a secarse. Por lo tanto, estar en armonía y coherencia con el medio ambiente natural del lugar donde vivimos, significa celebrar el ciclo o Año Nuevo en nuestra tierra, en los días de *Wiñoy Tripantü*. De tomarse debidamente en cuenta estas consideraciones, quedaría clara la necesidad de proyectar estos cambios temporales a otras esferas de la vida en sociedad que hacen al bienestar de las personas (la política, la economía, educación, justicia, organización territorial, etc.), aspectos éstos que nunca, en ninguna parte, deben estar separados del medio ambiente, historia y cultura del lugar específico donde se desenvuelven. Conocer y profundizar acerca del origen y real sentido del *Wiñoy Tripantü* puede ayudar a ordenar nuestra vida colectiva como pueblo, retomar el destino de nuestra cultura en nuestras propias manos y proyectarnos al futuro fortalecidos en nuestra propia identidad originaria. Puede también constituirse en un significativo aporte a quienes, más allá de su origen cultural, proyectan su vida en *Puelmapu*, convirtiéndose en hijos de esta tierra por medio de un cambio de conciencia y actitud, enraizándose a través del cordón umbilical

⁷ Ídem nota 4.

de nuestra cultura madre y renacer así fortalecidos en una nueva relación digna de seres humanos que no sólo viven sino conviven en el mismo espacio-tiempo-territorial-cultural”⁸.

Por eso, aquella noche eran varios los no mapuche que compartían el frío y los fuegos con los dueños de casa. Porque en esta tierra el solsticio de invierno se produce en cercanías del 24 de junio para todos y no sólo para quienes tienen a varias generaciones de sus mayores enterradas en ella. Por eso, al momento del *purrún* no sólo eran morenas las manos que se entrelazaban en semicírculo en torno a las fogatas. Después de las lamentables vicisitudes históricas que tuvieron lugar durante el siglo XIX, el *Wallmapu* comenzó a cobijar a indígenas y a no indígenas por igual. Algunos de los recién llegados lo han entendido. Pocos aún, es cierto. Pero suficientes como para empezar a construir esa “nueva relación digna de seres humanos que no sólo viven sino conviven”, como dice *Mapuncezugulekayayñi*, ese diálogo necesario entre culturas diversas a partir de un reconocimiento, de “un nuevo trato”, cuya inauguración se viene postergando más de lo recomendable, tanto en la Argentina como en Chile.

Cuando ya estábamos firmemente instalados en la madrugada, una futura *pillankuze* tomó decidida su *kultrün* y encabezó una columna exclusivamente integrada por mujeres, que abandonó presta el *Ielfün* y se metió en el bosque. Desde la ramada, los *wentrü* seguíamos el sordo rumor que la multitud de pasos provocaba al posarse sobre la vegetación caída, pequeños arbustos y piedras, hasta que se hizo el silencio. Ni los toques percusivos se escuchaban. El cielo estaba absolutamente límpido, rebosante de estrellas e infinita oscuridad. De golpe, un intenso griterío perforó la quietud, se elevó por la negrura andina y se dispersó hacia las *meli wítran mapu*. La ladera del cerro amplificaba cómplice las voces, ya multiplicadas de nuestras compañeras. El estrépito que llegaba desde los centenarios cipreses era estremecedor y terminó por contagiarnos. Desde aquí también comenzaron a elevarse alaridos, esos mismos gritos “salvajes” que siglos atrás habían aterrorizado a los “civilizados” invasores. Pero ahora la pelea era otra, tenía una dimensión colectiva y a la vez, conmocionaba intimidades. Hasta las fibras más internas vibraban ante esa manifestación tan poderosa de espiritualidad ancestral. Una vez más, los instrumentos musicales de los *mapuche* se sumaron al palpitar de las almas. Los *nwen* dormidos de ese cerro tan ultrajado por los *winka* amagaban despertar ante el entusiasmo de los que pertenecen a la tierra.

Pasaron los minutos y el grupo de *lamgen* retornó al lugar. La mayoría de ellas lucía cabellos mojados y mejillas enrojecidas por el frío del agua. Niñas, jóvenes y ancianas habían ido en busca del torrente que bajaba helado desde las alturas del *winkul*. Habían acompañado la renovación de la *itrofil mogen* lavándose las cabezas, las sienes, los rostros y las más audaces, algo más. Ahora llegaba el turno de los *wentrü*, que después de recibir a sus esposas, madres, abuelas e hijas, también salieron de la ramada guiados por los toques del *kultrün*. Caminar de noche por el bosque nos envolvió en un profundo pero vivaz recogimiento. Apenas si alcanzábamos a percibir la silueta del compañero que iba delante, a unos pocos pasos de distancia. Tropecé varias veces durante el breve trayecto, con raíces descubiertas y ramas caídas, hasta que llegué al lugar de la aglomeración. Los golpes del *kultrün* se aceleraron para acompañar los latidos de los pechos. Éramos decenas alrededor del pequeño arroyo. De un salto embarrado pasé a la otra orilla para hacer más cómoda mi ceremonia. Con ambas manos formé un cuenco ineficaz que derramó su escaso contenido sobre mi cabeza. La diferencia de temperatura me inyectó una especie de claridad. Repetí la operación en varias ocasiones, mientras me sumaba al estruendo de voces y música *mapuche*. El vapor que despedían los cuerpos desnudos se elevaba hacia el pequeño universo vegetal que nos rodeaba. El *futra mamül*⁹ era testigo de una comunión esperanzadora: estaban allí los abuelos que habían custodiado durante décadas los jirones de cultura que habían quedado, los veteranos dirigentes habitualmente enemistados entre sí por diferencias políticas, las familias enfrentadas por tal o cual pedazo de tierra, los *wèche* impacientes que le exigen resultados a los mayores... Todos juntos, para recrear una práctica antiquísima que no pocos antropólogos, historiadores y etnólogos han querido ver extinta. Todos, para vivir su espiritualidad de una forma que no está registrada en la Dirección Nacional de Cultos aunque quizá –vaya paradoja– se trate de una de las “religiones” más viejas del actual territorio argentino.

⁸ Ídem nota 2.

⁹ *Futra mamül*: el gran bosque.

Al mismo tiempo que los *che* nos renovábamos con el concurso del *newen* del *ko*, idéntico proceso vivían todos los seres vivos del *Wallmapu*. Cuando retornamos al *lelfün*, gastadas las cuerdas vocales y encendidos los espíritus, alguien advirtió que ya podían verse las *Perapagaw*, en un rincón del cielo todavía oscuro. Aún restaban dos o tres horas para que *Antü* asomara desde la inmensidad de la estepa pero claro, nosotros no lo veríamos de inmediato, obstaculizada la mirada por las elevaciones de la montaña. Enseguida comenzaron los conciliábulos: como era la primera vez que el *wiñoy tripantü* se celebraba en ese lugar, nadie sabía a ciencia cierta quiénes guiarían el *ngillanmawün* que debía anticipar la salida del Sol. Hacía muy poco tiempo que el *lofche* anfitrión se había reconocido *mapuche* y carecía de *pillankuze*, *lonko* o *gempiñ*¹⁰ con conocimientos suficientes como para conducir el trascendente momento que se avecinaba. Entre las 80 personas que participábamos tampoco sobresalía autoridad originaria alguna, cuya presencia hiciera innecesaria las especulaciones.

De los diálogos que se producían, uno me llamó la atención porque ambos interlocutores se expresaban en fluido *mapuzugun*, a tal punto que sólo pude entender alguna que otra palabra. Una de las partes estaba representada por un abuelo grandote, en tamaño y edad. Acababa de llegar desde el centro de la ciudad porque una molesta dolencia no le permitía soportar las vicisitudes de una velada al aire libre, con los rigores del invierno en su máxima expresión. La otra estaba dada por una abuelita menuda, pañuelo en la cabeza grisácea y falda. El hombre preguntaba y preguntaba con la respiración entrecortada y la mujer asentía, con una sonrisa conmovedora en su rostro arrugado. La charla tenía sabor a encuentro postergado durante mucho tiempo pero en realidad, los ancianos no se conocían. Al ratito, la espontánea pareja estaba rodeada por varios curiosos, que se habían percatado de que algo estaban tramando. Finalmente, el abuelo se dirigió a su auditorio y en castellano explicó que había que hacer dos ceremonias, puesto que era la primera vez que el *wiñoy tripantü* se recibía en ese lugar. Por eso, antes de desarrollar el *ngellipün* en el cual renovaríamos nuestro compromiso con el resto de los *newen*, había que pedirle permiso al *gen* de la *mapu*¹¹ para que consintiera nuestra presencia allí y nuestras intenciones. A esas conclusiones había llegado en su conferencia con la *papay*, que había llegado de Neuquén. Informó además que los dos guiarían la ceremonia e inmediatamente, empezó a impartir directivas. La abuela seguía sonriendo.

Recibimos las novedades con tanta sorpresa como alborozo. La referencia al *gen* de la *mapu* puso en escena una manifestación de la espiritualidad *mapuche* más auténtica. Personalmente, me alegré porque había escuchado entre algunos asistentes menciones confusas a la Virgen y a Cristo y no fuimos pocos los que temimos que los inminentes rituales fueran guiados por un par de depositarios de la mezcolanza con pretensiones de líderes espirituales. Por otro lado, la perspectiva de acometer dos momentos ceremoniales, uno tras otro, también resultaba novedosa, al menos para la mayoría de los que allí estábamos. Además, fue conmovedor observar cómo los dos ancianos, en quienes el *kimün* ancestral había sobrevivido, se adueñaron de la escena con prepotencia y la restaron toda posibilidad a los enchastres eclesiásticos, que siempre están al acecho. Como aquel cura de la zona de Junín de los Andes que decía que le parecía muy bien que los *mapuche* celebraran su año nuevo el 24 de junio, pero que no entendía por qué no lo hacían dentro de la iglesia, que él solícito había ofrecido.

A las órdenes del abuelo en cuestión, se dispusieron en el *rewe* las banderas que se habían llevado, al igual que inmensos recipientes que contenían *muday* y yerba. Previamente, el *lofche* anfitrión había designado a las *kalfü malen* y a los *piwichen*¹², en proporcional representación de las familias. Los jovencitos estaban nerviosos y era entendible, a ellos les tocaba retomar una práctica que no se ponía en juego -por lo menos- desde sus bisabuelos, a quienes no habían conocido. Estaba clareando y recién en ese momento nos percatamos de la magnitud de la helada, fuera del *lelfün* la *trufken mapu* lucía pinceladas blancas, humedad congelada. Gracias a la calidez interior que habíamos experimentado durante la noche habíamos

¹⁰ *Gempiñ*: uno de los roles originarios en la organización tradicional *mapuche*. Poseen muchos conocimientos en materia de cultura y espiritualidad. En las comunidades que no hay *machi* suelen ocupar su lugar.

¹¹ *Gen* de la *mapu*: el guardián de la tierra.

¹² *Kalfü malen* y *piwichen*: son dos parejas de jóvenes, todavía vírgenes. El rol de las *kalfü malen* (doncellas azules) recae en dos chicas de 12 años aproximadamente, el de los *piwichen* en dos varones. Los muchachitos llevan las banderas durante el *awün* de los *kamarikün* y las niñas, distribuyen el *muday* y la yerba durante las “rogativas”. Representan la continuidad generacional del *kimün* que poseen los más ancianos.

soslayado la hostilidad de la temperatura. Hubo fuego en los espíritus aquella noche, el mismo que se había prendido en cercanías de San Martín de los Andes (Neuquén), en la Loma del Tero (Esquel) y en otros puntos de *Puelmapu*. En *Gulumapu* también las hogueras se multiplicaron por centenares. Era el pueblo *mapuche* que se había dado cita para reanudar el ciclo vital, el *wiñoy tripantü* que supieron guardar los *futrakeche*, aquellos que como esos que nos guiaban, habían atesorado en su corazón el *rakizuam* de antaño, sapiencia que se estaba actualizando en junio de 2000.

La anciana se paró a la izquierda del anciano, de frente al *rewe* y con nosotros a sus espaldas. Se dirigieron al *kuze*, al *futra*, a la *ultra zomo* y al *weche wentru*. Pronunciaron palabras incomprensibles para mí, derramaron *muday* y yerba delante de ellos y saludaron con los brazos en alto, cuatro veces en dirección al este. Luego, las *kalfü malen* se prodigaron al distribuir las ofrendas entre todos los hombres que participábamos del *gnellipün*. “Nillatukeamos” con recogimiento y serenidad, después de que las chicas finalizaran. La tierra entre helada y barrosa, supo de nuestros compromisos y pedidos para el nuevo año. La *papay* entonó *tayül* para cada unas de las familias anfitrionas. Inmediatamente, las mujeres completaron la ceremonia. Con el último *afafan*¹³ colectivo, la tarea quedó cumplida. No faltaba mucho para el mediodía. “Para nosotros el pueblo *mapuche*, la importancia de este momento se eleva al plano de lo sagrado, pues como una fuerza más de la Naturaleza, nos comprometemos con ella y nos disponemos física y espiritualmente a reiniciar el nuevo ciclo de la vida, en armonía junto a las fuerzas naturales con las cuales componemos la diversidad necesaria para la existencia equilibrada del todo en nuestra tierra”¹⁴.

Estábamos agotados pero felices. Algunas de las *zomo* no necesitaron tomarse descanso y comenzaron a preparar el almuerzo. Otros, empezamos a preparar el retorno a las respectivas casas. Afortunadamente en esa ocasión, era domingo. Pero en oportunidades anteriores y posteriores, los que tenemos la suerte de ser trabajadores, estuvimos obligados a pedir el día a nuestros empleadores, que no siempre consienten o comprenden que para cierta gente, el 24 de junio tiene la misma o más importancia que el 31 de diciembre. En los países que usurpan el territorio ancestral *mapuche*, varias de las festividades cristianas fueron consagradas como feriados por los respectivos estados. En la Argentina también se admite que los chicos judíos puedan faltar a clase durante *Rosha Hashanna* o el *Yom Kippur*, pero a los *pichikeche mapuche* les imputan una ausencia cuando participan del *wiñoy tripantü* o del *kamarikün* de su comunidad, si éstos coinciden con el ciclo lectivo. Para un *mapuche* empleado municipal, provincial o nacional, nada contempla sus costumbres espirituales. Recién a fines de 2000, la Confederación Mapuche de Neuquén logró que el Consejo Provincial de Educación admitiera que en sus aulas, se reúnen jovencitos que son herederos de una cultura distinta a la dominante. Pero en Río Negro, Chubut y demás provincias que se instalaron en el *Wallmapu*, las reglamentaciones seguían negando, ocultando y obviando esa realidad. Pero no por mucho tiempo.

“Al igual que otras sociedades o culturas existentes, nuestro pueblo ha forjado en el transcurso de su milenaria existencia, una explicación acerca del sentido y significado de su vida. En este proceso ha habido hechos y acontecimientos que han quedado profundamente grabados en la conciencia histórica mapuche, estableciéndose así a través del tiempo el nexo indisoluble entre pasado y presente, situación desde la cual proyectamos hoy nuestro futuro”¹⁵. Es el día, que avanza sobre la noche.

¹³ *Afafan*: grito ceremonial.

¹⁴ Ídem nota 2.

¹⁵ Ídem nota 4.